

# La risa de Michel Foucault

## Michel de Certeau

**H**ace algunos años, en Belo Horizonte, en el curso de un recorrido brasileño, Michel Foucault era interrogado una vez más sobre sus títulos: "¿Pero con qué autoridad habla usted? ¿Cuál es su especialidad? ¿Dónde está usted? Esta insistencia en la identidad le llegaba a lo más hondo. Buscaba apoderarse de su secreto de barquero.

La misma insistencia provocó en *La arqueología del saber* una réplica provocativa, de tono casi único, donde brilla repentinamente el movimiento que ha producido la obra:

No, no, no estoy allí donde usted me acecha sino aquí desde donde lo miro riendo. ¿Y qué, se imagina usted que yo me preocuparía y disfrutaría tanto escribiendo, creería usted que me obstinaría, con la cabeza baja, si no preparara —con una mano un poco febril— el laberinto donde aventurarme, cambiar mi objetivo, abrirle subterráneos, hundirlo lejos de mí mismo, encontrarle desplomes que reanudan y deforman su curso, donde perderme y aparecer finalmente ante unos ojos que no volveré a encontrar nunca más? Más de uno, como sin duda, escribe para no tener más que una cara. No me pregunte quién soy ni me pida que siga siendo el mismo: esto es una moral de estado civil, la que rige nuestros papeles. Que nos deje libres cuando se trata de escribir<sup>1</sup>. Escritura viva que todavía se escapa de la tumba del texto.

Ser clasificado, prisionero de una ubicación y de una competencia, revestido de la autoridad que proporciona a los fieles su incorporación a una disciplina, encasillado en una jerarquía de saberes y de lugares, así en fin "establecido" es para Foucault la figura misma de la muerte. "No, no". La identidad congela el ademán de pensar. Le rinde homenaje a un orden. Pensar, por el contrario es pasar; es cuestionar este orden, asombrarse de que esté allí, preguntarse qué lo ha hecho posible, buscar recorriendo sus paisajes, las huellas de los movimientos que lo han formado y descubrir en esas historias supuestas yacientes "cómo y hasta dónde sería posible pensar de otra manera"<sup>2</sup>. He aquí lo que Foucault respondió a sus interlocutores de Belo Horizonte, pero con una palabra más acorde con las sutilezas de la escena brasileña y que señalaba su estilo filosófico: "¿Quién soy? Un lector".

Desde Poitiers, donde nació (1926), hasta la Salpêtrière donde cayó finalmente (25 junio, 1984), sus recorridos marcaron los saberes y los países. Foucault visitaba los libros de la misma manera como circulaba en París en bicicleta, en San Francisco o en Tokio, con una atención exacta y vigilante para asir a la vuelta de una página o de una calle, el resplandor de una extrañeza tapiada allí, inadvertida. Todos esos signos

inusitados "desgarrones minúsculos"<sup>3</sup> o confesiones enormes constituían para él las citas de algo no pensado. Estas se encontraban allí, decía él, muy legibles pero no leídas pues sorprenden lo previsto y lo codificado. El, al descubrirlas se retorció de risa. A veces un reír loco como el que evoca a propósito de un texto de Borges, que "sacude con su lectura todas las familiaridades del pensamiento —del nuestro: de aquel que tiene nuestra edad y nuestra geografía—, estremeciendo todas las superficies ordenadas y todos los planes que explican para nosotros el crecimiento de los seres"<sup>4</sup>. Es —dice él— el "lugar de nacimiento" del libro *Las palabras y las cosas*. Sus otras obras parecen tener el mismo origen: accesos de sorpresa (como hay accesos de fiebre), formas jubilatorias súbitas, casi extáticas, del "asombro" o del "maravillarse", lo cual es desde Aristóteles hasta Wittgenstein el momento instaurador de la actividad filosófica. Por medio de rendijas en el discurso, ridículas, incongruentes o paradójicas, alguna cosa irrumpe que desborda lo pensable y abre una posibilidad de "pensar diferentemente". En medio de su risa, asido por una ironía de las cosas equivalente a una iluminación, el filósofo no es el autor sino el testigo de esos relámpagos que atraviesan y transgreden el cuadrículado de los discursos por razones establecidas. No tiene tampoco un lugar ya preparado donde alojar sus hallazgos. Son los acontecimientos de un pensamiento que todavía está por pensarse. Esta inventiva sorprendente de las palabras y las cosas, experiencia intelectual de una desapropiación instauradora de posibles, Foucault la marca con un reír. Es su firma de filósofo a la ironía de la historia.

De allí su connivencia con los grandes descubridores de las sorpresas y de los acontecimientos aleatorios del pensamiento, desde los sofistas hasta Roussel o Magritte. Pero su práctica del asombro provee constantemente nuevos puntos de partida al empeño, a veces imperioso, a veces frágil, minucioso, irritable, tenaz siempre, con el cual busca elucidar esta "otra dimensión del

discurso" que el azar le revela. Ella le da un tono de *western* incluso a su trabajo archivístico y analítico para desplegar los juegos de la verdad ya marcados por aspectos paradójicos. Por mucho que hiciera, el cuidado que pone para controlar, clasificar, distinguir y comparar sus hallazgos de lector, no podría extinguir la vibración del despertar que traiciona en sus textos su manera de descubrir. Sus trabajos combinan por lo tanto la risa de la invención con el cuidado de la exactitud, aun cuando las proporciones varíen e incluso si al correr de los años, la exactitud prevalece poco a poco sobre el reír, ya sea (puede ser) en razón de la alergia que su estilo (más que su tesis) provocaba en el ambiente de los practicantes de científicisms bien establecidos, o bien sobre todo porque se desarrollaba su pasión de cirujano por una lucidez que se convierte, en sus dos últimos libros, en una claridad ascética, despojada incluso de su alegre virtuosismo. Sea lo que sea de esta evolución y de las polémicas unidas a su obra como una sombra, en su trabajo importa sobre todo este excepcional ejercicio del asombro, mudado en práctica asidua de los "nacimientos" del pensamiento y de la historia<sup>5</sup>.

Sus "relatos" —como él decía— cuentan cómo aparecen y se instituyen nuevas problemáticas. A menudo tienen forma de sorpresas, como novelas policíacas. Así la progresiva liberalización y diversificación del derecho penal a lo largo del siglo XVIII se interrumpe, transformada y "canibalizada" mediante la proliferación de procedimientos pedagógicos y militares de vigilancia que impone por todos lados el sistema panóptico de la prisión. Evolución que nadie esperaba<sup>6</sup>. ¿Supone usted que el poder puede identificarse con la apropiación de aparatos aislables, jerárquicos y legales? No, es la expansión de mecanismos anónimos que "normalizan" el espacio social atravesando las instituciones y la legalidad<sup>7</sup>. ¿Supone usted que una moral burguesa ha hecho del sexo un secreto que debe ser escondido? No, las técnicas de la confesión han transformado al sexo en incansable creador de discursos y de

verdades<sup>8</sup>. . . Así, de libro en libro, el análisis señala esos retornos que desviando los saberes constituidos, aun los más autorizados (incluso Marx o Freud), generan nuevas maneras de pensar. Sea lo que sea de las discusiones que el análisis abre, no se funda sobre las ideas personales de un autor, sino sobre lo que la historia misma deja ver. No es el señor Foucault el que se burla de los saberes y de las previsiones; es la historia la que se ríe. Ella se burla de los teleólogos que se sienten los lugartenientes del sentido. Un insensato de la historia, dios nocturno y riente, convierte en sujetos de desprecio a los magisterios y le quita al mismo Foucault el papel, pedagógico y moralista, de ser "el intelectual" que sabe quién es él. La lucidez proviene de una atención siempre dinámica y siempre sorprendida, frente a lo que los acontecimientos nos enseñan sin saberlo nosotros.

A esta atención que articula la filosofía (análisis de las condiciones y de las implicaciones) sobre la historia (acontecimientos y sistemas), hay que unir un aspecto curioso y por lo tanto permanente de la obra: su carácter visual. Estos trabajos están cubiertos de cuadros y de grabados. El texto va igualmente rimado con escenas y figuras. La *Historia de la locura* se abre con la imagen de la nave de los locos<sup>9</sup>; *Las palabras y las cosas* con "Las Meninas" de Velázquez<sup>10</sup>; *Vigilar y castigar*, con el relato del suplicio de Damián<sup>11</sup>, etc. ¿Es por casualidad? ¿O para captar al lector? Pero cada libro presenta una cantidad de imágenes a partir de las cuales se desarrolla el fino trabajo de distinguir sus condiciones de posibilidad y sus implicaciones formales. En realidad, esas imágenes instituyen el texto. Ellas lo riman al igual que las captaciones sucesivas del mismo Foucault. Allí reconoce la diferencia en las escenas, los soles negros de las teorías que apuntan. Razones olvidadas se mueven en esos espejos. Al nivel del párrafo o de la frase, las citas funcionan de la misma manera; cada una de ellas se incrusta allí como un fragmento de espejo con el valor de ser no una prueba sino una

sorpresa, un reflejo de otro. El discurso va así de visión en visión. El paso que determina su marcha, donde ésta se apoya y recibe su impulso es un momento visual. El análisis no cesa de iniciarse para explicitar, bajo la firma de listas (1<sup>o</sup>, 2<sup>o</sup>, 3<sup>o</sup>, 4<sup>o</sup>, . . .) y de cuadros taxonómicos que proceden todavía de lo visual, los elementos puestos en juego por la imagen figurativa o narrativa. Esta imagen-sorpresa tiene pues un papel, unas veces heurístico y otras recapitulador, similar a aquel del dibujo geométrico en relación con un postulado matemático: como un triángulo rectangular, reúne de un vistazo las propiedades posibles o ya demostradas que desarrolla una sucesión de teoremas.

Este estilo óptico puede parecer extraño. ¿Pero no señaló Foucault en la máquina "panóptica" el sistema mismo de la vigilancia que se ha extendido de la prisión a todas las disciplinas sociales, por una multiplicación de técnicas que permiten "ver sin ser visto"<sup>12</sup>. Más aún, él exhumió y persiguió hasta las regiones más tranquilas del saber todos los procedimientos fundados sobre la confesión y productores de verdad, para allí señalar la tecnología por medio de la cual la visibilidad transforma al espacio en operador de poder. De hecho, para él, lo visible se convirtió en el campo de las nuevas posturas del poder y del saber. Lo visible, un lugar ya importante para Merleau-Ponty, es para Foucault el teatro contemporáneo de nuestras opciones fundamentales. Allí se enfrentan un uso policiaco del espacio y una vigilancia frente a lo que acaece. Metido en este terreno de nuestras guerras epistemológicas, el trabajo filosófico opone a los sistemas que someten el espacio a la vigilancia, las paradojas que allí abre el azar; a la nivelación panóptica, las discontinuidades que las casualidades revelan en el pensamiento. Dos prácticas del espacio chocan en el campo de la visibilidad, una orientada a la disciplina, la otra fundada sobre el asombro. Con este combate que evoca aquél de los dioses griegos en su cielo, se juega la "inversión" de las tecnologías de "ver sin ser visto" en esté-

ticas de la existencia ética.

Al exhumar las implicaciones de sucesos aleatorios, Foucault inventó problemáticas nuevas. Con cada uno de sus libros, ofrece un mapa todavía inédito a la posibilidad de "pensar de otra manera". Es este "nuevo cartógrafo" que Gilles Deleuze ha descrito con tanta amistosa agudeza<sup>13</sup>. Estos mapas presentan herramientas adecuadas para preguntas diferentes. No forman entre ellos un sistema sino una sucesión de "Ensayos" relativos cada vez a esta "curiosidad" —a este asombro— "que permite desprenderse de sí mismo"<sup>14</sup>. Componen así "una pluralidad de posiciones y de funciones posibles"<sup>15</sup>. Esta heterogeneidad no aparece solamente entre las regiones que ellos describen (el nacimiento de una razón a partir de un nuevo tratamiento de la locura, la diferenciación de saberes en el seno de una misma configuración epistemológica, la determinación de la historiografía por el lugar jerárquico de su producción, la naturaleza del poder disciplinario, la conversión de una ética sexual relativa a los muchachos en ética heterosexual), sino más fundamentalmente entre las problemáticas puestas en juego (el corte instaurador, los modos diversos de un mismo cuadro de postulados, la lógica muda de las técnicas, la constitución de la sexualidad en actividad moral, etc.). Se trata de "prácticas discontinuas"<sup>16</sup>, nacidas de invenciones a las que ciertas casualidades dan lugar. A cada mapa cuidadosamente construido, el acontecimiento que provoca "la multiplicación de los seres" añade otra posibilidad. Ninguno de ellos define un destino o una verdad del pensamiento. Estos lugares sucesivos no se ligan, entonces, por el progreso de una idea que allí se formularía poco a poco, sino por una misma *manera* de pensar. Responden a las risas de la histo-

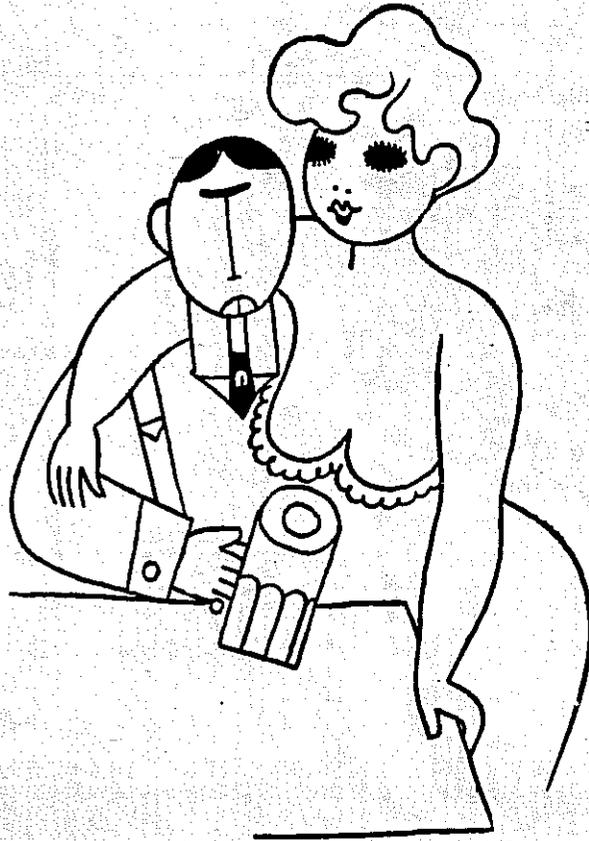
ria. Si atestiguan la necesidad de inscribir cada vez estos azares en nuestros saberes, no intentan con la homogeneización de todos los discursos, ocultar las discontinuidades deslumbrantes. Raramente el asombro filosófico ha sido tratado de una manera tan cuidadosa en sus desarrollos posibles y tan respetuosa de sus sorpresas.

La actividad política tiene el mismo estilo. No se apropia un sentido de la historia. No constituye una estrategia, todavía menos una doctrina. Con la misma fidelidad que a los azares del texto, responde a los acontecimientos. Se adhiere con la misma rigurosa constancia y precisión, para desligar las implicaciones de lo impensable que horadan la cuadrícula del orden establecido y de las disciplinas aceptadas. Los azares de la actualidad social y política, la situación de los condenados en las prisiones francesas, la revolución iraní, la represión en Polonia y tantos otros encuentros singulares, provocan en Foucault el asombro que genera una acción. Así como en sus mapas, sus intervenciones no ofrecen la garantía del éxito, ya que de cierta forma se encuentran ideológicamente en continua revisión. No se protegen de lo aleatorio, de donde esas intervenciones nacen. Más bien parten de un movimiento en el cual el carácter ético, Kant lo decía ya, no se desprende de lo que parece posible ni de la ley de los hechos. El gesto político es también un "Ensayo" llevado a cabo con la mayor lucidez posible y en relación con los descubrimientos que permite una "curiosidad" casi periodística, atenta a los avatares del tiempo y de los hombres. Así en el campo social, con la misma incansable expectación de otra historia, se traza todavía la inventiva filosófica de Foucault, este instaurador de discursividades.

Traducción de Leonor Correa Etchegaray

## Notas

- 1 *L'Archéologie du savoir*, Gallimard, 1969, p. 28.
- 2 *L'usage des plaisirs*, Gallimard, 1984, p. 15.
- 3 *L'ordre du discours*, Gallimard, 1971, p. 14.
- 4 *Les mots et les choses*, Gallimard, 1966, p. 7.
- 5 Cf. *Naissance de la clinique*, PUF, 1963; *Naissance de la prison* (sous-titre de *Surveiller et punir*, Gallimard, 1975); etc. Estos dos trabajos constituyen por otra parte, yo creo, las "intervenciones" más decisivas de Foucault.
- 6 *Surveiller et punir*, Gallimard, 1975.
- 7 *Ibid.*
- 8 *La volonté de savoir (Histoire de la sexualité, 1)* Gallimard, 1976.
- 9 *Histoire de la folie*, Plon, 1961, primera parte, cap. 1, "Stultifera Navis", p. 3-53.
- 10 *Les mots et les choses*, *op. cit.*, cap. 1, "Les suivantes", p. 19-31.
- 11 *Surveiller et punir*, *op. cit.*, primera parte, cap. 1, p. 9-11.
- 12 *Op. cit.*, p. 197-229: "Le panoptisme".
- 13 Gilles Deleuze, "Ecrivain non: un nouveau cartographe", *Critique*, diciembre 1975, p. 1207-1227
- 14 *L'usage des plaisirs*, *op. cit.*, p. 14.
- 15 *L'ordre du discours*, *op. cit.*, p. 60.
- 16 *Op. cit.*, p. 54.



Coverrabias

